

Los restos del naufragio

Miguel Aguilar

Editor

En la ciudad de Shiraz, en el sureste de Irán, se alza una maravillosa iglesia armenia. Junto a ella, un modesto museo dedicado a la memoria de esa comunidad en la región exhibe en una amplia vitrina los innumerables edictos que los sucesivos *shahs* promulgaron para proteger a la minoría cristiana. Pero lo que se presenta como muestra de la protección que gozaron es obviamente un ejemplo de lo contrario: cada edicto es una reacción a una matanza, cada año que aparece en la lista fue un año trágico. Sin embargo, de los años en que la convivencia funcionó, no hay rastro alguno. Como en el mar, solo los naufragios dejan huella, no las travesías exitosas. Así, el fascinante recorrido por la trayectoria editorial de Javier Pradera, que supone la primera parte de este libro, excluye inevitablemente todo lo que sí funcionó, más allá de algunas menciones a cifras de ventas. Frente a las memorias editoriales al uso, que suelen ser un catálogo comentado de libros publicados coloreado con anécdotas pintorescas, aquí aparecen solo los problemas, la intrahistoria de las complicaciones y los obstáculos, y ni siquiera los más glamurosos, los que tienen que ver con los libros y sus autores, sino los más enjundiosos, los que atañen a la supervivencia bajo la censura (FCE), la imposible coordinación de un proyecto utópico (Siglo XXI) y la disputa irresoluble con el propietario mayoritario (Alianza). Sin embargo, en la brillante carrera de Pradera fueron muchas más las travesías que arribaron a puerto satisfactoriamente, y aunque no queden pecios que investigar, sí se puede consultar con admiración los 1.000 primeros títulos del Libro de Bolsillo de Alianza, por ejemplo.

A esa carrera reflejada en los documentos aquí reunidos se suman casi veinte años de reflexiones sobre lo que él mismo llamó con un punto de nostalgia «el mejor oficio del mundo». La inteligencia y la lucidez de Pradera, y

su larga experiencia desde dentro, le convirtieron en un excelente analista desde fuera, capaz de establecer las continuidades desde Tito Pomponio Atico hasta Arnaldo Orfila, pasando por Aldo Manucio o Daniel Jorro, y de tratar de desentrañar las claves secretas del oficio y su posible deriva futura, tratando de no mezclar su decepción personal («yo no dejé la edición, la edición me dejó a mí») con las perspectivas de supervivencia de la edición como especialidad del mundo de la cultura y no como variedad del mundo empresarial. Este libro, que se suma a otros tres aparecidos tras su muerte (es el autor póstumo más prolífico de tiempos recientes), confirma en esta doble vertiente de *practitioner* y estudioso la importancia de Pradera como editor.

Quizá merezca la pena detenerse en unos cuantos temas para esquivar la inevitable sospecha de parcialidad. Probablemente lo más impactante visto desde ahora sea el interés y la importancia que Pradera siempre dio a la comunidad de la lengua, a la dimensión americana de la edición en español. Algo aprendido sin duda durante sus años en el FCE, editorial mexicana con mucha presencia de españoles, dirigida por un argentino y con sólidas filiales por toda América. Los editores españoles de posguerra –con la salvedad quizá de Aguilar, que conocía bien esos mercados– han sido incapaces de establecer una relación acertada con lectores y colegas del otro lado del Atlántico; lo habitual era ignorarlos con una mezcla de condescendencia y miedo. La aparición de grandes grupos con presencia en todo el ámbito de la lengua ha cambiado el panorama, pero sobre todo lo ha hecho la reciente crisis del mercado español: una editorial que solo tome en cuenta las librerías españolas está condenada al fracaso. Para ser justos hay que admitir que tampoco es fácil: las dificultades finalmente irresolubles en torno a la gestión de Siglo XXI ilustran problemas que hoy día siguen acuciando a quienes quieren editar para una comunidad tan amplia y variada como es la hispanoamericana. El balance entre independencia local y coordinación internacional es frágil y ha de recalibrarse constantemente. Pero además de lectores potenciales, Pradera veía en América, en la edición en español en América, una continuidad posible con la cultura de la Segunda República a través del peso fundamental del exilio español en ese sector, y en sus tratos con la otra orilla del Atlántico se trasluce siempre una deuda de gratitud y un punto de homenaje.

La necesidad de ampliar el público al que se dirige la oferta editorial tiene que ver con otra de las características de la edición según Pradera: el equilibrio entre valor de uso y valor de cambio de los libros, entre la dimensión cultural de una editorial y su dimensión empresarial («la clave última de este oficio», dice en «El editor ante el espejo», p. 129). Como empresas, las edi-

toriales han de ser viables, pero no deben olvidar que no son una especialidad del mundo empresarial, sino una variedad del mundo cultural. Y en una sorprendente aplicación de la antikeynesiana economía de la oferta, Pradera sostiene además que la oferta del editor debe jugar un papel activo, al fin y al cabo su oferta de hoy generará la demanda de mañana. El pesimismo acerca de la supervivencia de este tipo de edición, que tiñe buena parte de los textos que escribió sobre el tema, se ve matizado por una premisa teórica que él mismo se ocupa de expresar: «nada peor que proyectar sobre el futuro las malas experiencias de gentes formadas en el pasado»; y una comprobación factual que también admite: el hecho de que editoriales grandes y pequeñas continúan surtiendo a las librerías de títulos cuyo valor de uso es mucho mayor que su valor de cambio. Quizá la clave sea una reflexión resignada de Einaudi que cita: «Es cierto que ‘la lógica de las cosas obliga hoy a un editor a producir para el mercado’. Pero aun así continúa siendo posible que resuelva previamente identificar ‘su’ mercado y construir un ‘proyecto’ para ese segmento».

Ese difícil, casi imposible, equilibrio entre cultura y negocio, contradicción fundamental del sector editorial, es algo que tortura a Pradera tras su salida de Alianza: sospecha que el negocio ha ganado la partida. Ya es difícil ganar dinero publicando libros buenos; si además los parámetros contables a aplicar y las rentabilidades esperadas son las mismas que en otros sectores, la misión pasa a ser imposible. Esa tendencia provocó en Pradera cierta añoranza de un modelo como el del FCE, «arquetipo de una industria cultural constituida como fideicomiso o fundación bajo control público y movida por criterios que van más allá del afán de lucro». Esos criterios, que en otro lugar define como un «mínimo proyecto cultural, utilizando el término ‘proyecto’ en sentido débil y con el significado megalómano de transformar el mundo», lo llevan en un momento de desánimo comprensible a plantear la necesidad de que el Estado proteja la dimensión cualitativa de la oferta de editores vocacionales dirigida a sectores minoritarios de la sociedad. El artículo «Del ocio al negocio», publicado con motivo de la Feria de Fráncfort de octubre de 1991, termina así: «No se trata de poner en duda la eficacia del mercado para una buena asignación de los recursos escasos. Tampoco cabe olvidar la tendencia del sector público al despilfarro, ni los peligros de un intervencionismo estatal siempre propenso a las discriminaciones o a la censura. Sin embargo, la difusión extensiva de la lectura a zonas antes funcionalmente analfabetas no debería implicar la desaparición de una producción intensiva cuya supervivencia está amenazada por las exigencias del mercado. Hasta los defensores más ortodoxos del liberalismo eco-

nómico dejan espacio a los bienes públicos. Que la industria editorial especializada en promociones masivas trate de dar salida a sus productos en tanto que simples mercancías, no es incompatible con que el Estado otorgue una protección selectiva, fundamentalmente a través de las adquisiciones bibliotecarias, a esa edición de calidad que dispone de lectores desde hace décadas pero que necesita algo más que el mercado para sobrevivir».

El factor que subyace a esta reflexión es el tiempo. Primero, el tiempo necesario para que un proyecto se convierta en libro, para que una idea germine. En muchos casos se trata de años; así, títulos que aparecen mencionados como posibles libros del FCE acaban saliendo diez años más tarde en Alianza. De hecho, los cálculos más solventes estiman que para que un catálogo editorial tenga forma e identidad son necesarios un mínimo de siete años. Y segundo, el tiempo necesario para que esos títulos «de producción intensiva» sean rentables, los títulos de fondo que se reeditan constantemente, pero que si son sometidos a análisis cortoplacistas parecen deficitarios. Una prueba evidente es la operación con Club Internacional del Libro que Pradera menciona en el informe a la junta de Alianza, que supuso cien millones de pesetas a cambio de los derechos de quiosco de un conjunto de obras. Esa operación, que se imputa en un año concreto, fue fruto de la construcción de un catálogo a lo largo de más de quince años. Y al tiempo, hay que entender que sigue siendo fundamental la edición de novedades, aunque parezcan deficitarias a corto plazo, ya que entre ellas están las reediciones futuras.

Pradera dejó además una de las mejores descripciones de lo que es un editor: alguien que presenta un interés selectivo en sus preferencias como actor racional a favor de la difusión del conocimiento y de la cultura; la capacidad de allegar y organizar recursos; un mínimo proyecto cultural; la capacidad de armonizar sus gustos personales y las líneas generales de ese proyecto con la demanda social no solo actual sino también potencial; el talento para discriminar y seleccionar entre la oferta existente, es decir, para apostar por autores, tendencias y géneros; la imaginación suficiente para hacer llegar esa oferta mediada por su catálogo a una demanda seleccionada por su proyecto; y, por último, saber administrar los recursos humanos y materiales a su disposición para hacer viable y perdurable su empresa.

El último punto, referente a los recursos humanos disponibles, encierra más importancia de lo que parece. Un editor de la segunda mitad del siglo xx ya no puede ser el «editor monarca absoluto», ni siquiera el «editor presidente de la república», como dice Pradera citando a Robert Laffont. Como mucho, puede aspirar a ser un *primus inter pares* con una primacía legitimada por el uso. Pero sabiendo que es solo tan bueno como la gente

que le rodea. Los textos aquí recogidos sobre Arnaldo Orfila, José Ortega y Daniel Gil, y la preocupación siempre presente por los trabajadores, ya sea en el FCE, en Alianza o en Siglo XXI (donde les acaba regalando sus acciones), demuestran que, de manera más o menos consciente, Pradera actuaba en consecuencia con esa idea.

Desde otro punto de vista, los recursos humanos disponibles son quizá la clave del Pradera editor, el capital social de que disponía gracias a su infinita red de contactos y complicidades, muy bien descritas tanto en el libro de Santos Juliá, *Camarada Javier Pradera*, como en *Tiempo de editores* de Sergio Vila Sanjuan. Contactos establecidos en el temprano antifranquismo de los años cincuenta y que fueron creciendo hasta abarcar una amplia élite intelectual con un peso fundamental en la sociedad española de la transición y la democracia. Complicidades tejidas en conversaciones, cenas, tertulias, discusiones, consultas... Un fertilísimo humus intelectual que alimentó primero Alianza y más tarde *El País*, y del que no queda rastro más que en la memoria de quienes lo vivieron. Para los demás, contentémonos con admirar los restos del naufragio de una peripecia singular, y disfrutemos de la lucidez de unos análisis asombrosamente aplicables aún hoy.

**Epílogo del libro *Javier Pradera. Itinerario de un editor*,
colección Tipos móviles, Trama editorial, 2017**

